

El servicio

Algunas observaciones útiles extraídas de una
antigua revista cristiana inglesa

biblicom.org

El que sirve sin sentarse a los pies de Cristo hace lo que *cree que* es justo; pero no se deduce necesariamente que sea lo que Cristo desea. Si me siento a sus pies, *sé ahora* lo que quiere y lo que prefiere: mi servicio estará en consonancia con su Espíritu.

Podemos servir a cualquiera con dedicación de 2 maneras: o bien haciendo lo que creemos que es mejor para esa persona, o bien haciendo lo que hemos descubierto ayudándola con paciencia y sinceridad, y entendiendo lo que le gustaría que hiciéramos.

Marta y María describen respectivamente estas 2 características del servicio. Marta hace lo que considera necesario, y cuya utilidad no puede ponerse en duda; pero solo confía en su propio juicio sobre la pertinencia de su acción. Ella creía, con razón, que su utilidad no podía ponerse en duda, y se afanaba hasta que estaba sobrecargada y agotada por su excesiva actividad. Ella no tenía el descanso en el Señor, que María sí tenía.

María se sentó a sus pies y escuchó su Palabra. Es importante recordar que donde hay reposo del corazón, el corazón busca ser guiado en todo para el placer de Aquel a quien sirve, y no simplemente para hacer lo que todos consideran justo y necesario. Si consulto mi propio espíritu para saber lo que debo hacer, lo tomo como guía, suponiendo que el Señor lo aceptará; entonces se puede concluir con evidencia que *yo mismo* soy más importante que el Señor mismo, ya que no lo consulto.

Muchas cosas nos parecen totalmente correctas cuando no estamos en comunión con Su espíritu, y no nos sentiríamos impulsados a hacerlas si lo estuviéramos. Pedro no habría desenvainado su espada para defender a su Señor si hubiera estado en comunión con Su espíritu ([Juan 18:10](#)), pero sin duda consideró que estaba haciendo un acto justo y digno.

Un verdadero siervo siempre está listo. «¡Heme aquí, envíame a mí!»; «¿Qué debo hacer, Señor?» ([Is. 6:8](#); [Hec. 22:10](#)), expresan esta condición. No elige su trabajo, sino que obedece a su Maestro. Las nueve décimas partes, o incluso más, de nuestras dificultades en el servicio se deben a una falta de inteligencia en cuanto al deseo de nuestro Maestro. Esperamos “una gran misión” y a menudo dejamos sin terminar las cosas presentes. Damos un paso atrás ante el trabajo que el Señor mismo quiere confiarnos y deseamos ser utilizados en otro servicio para el que no nos pide nada. No hubo esta actitud feliz a los pies de Jesús para aprender de su Espíritu cuál es su voluntad, antes de emprender un servicio activo.

Para un cristiano que conoce su camino de servicio y que está satisfecho de reco-

rerlo humilde y tranquilamente con el Señor, hay 50 que están agitados, inseguros, deseosos de actividad, pero ignorantes de lo que deben hacer. Toda esta incertidumbre es la causa del descontento y de las murmuraciones que tan a menudo se oyen entre los santos, que hablan de “falta de comunión”, de “falta de preocupación por las almas”, de “ausencia de esfuerzo evangélico”. Los que más fuerte murmuran son generalmente los que tienen el sentido más débil de la responsabilidad individual y la menor energía para Dios con el fin de seguir su camino claramente.

Sin embargo, *todos debemos* reconocer que tenemos tristes deficiencias, frialdad, torpeza y pereza. Pero la solución no está en “murmuraciones y disputas”, sino en el juicio de sí mismo y en la determinación del corazón para aprender y, a partir de ahí, hacer nuestro trabajo para Dios.

No todos son predicadores. Pero todos tienen un lugar en el Cuerpo de Cristo. Y esta pertenencia implica actividad y vida, responsabilidad hacia la Cabeza y cuidado de los miembros. Todos tienen un mismo Dios y un mismo Salvador, cuya doctrina están llamados a adornar en todas las cosas. Todos vivimos en medio de una generación tortuosa y perversa, entre la cual debemos resplandecer «Manteniendo en alto [la] palabra de vida» (Fil. 2:16).

Si somos dignos de ser utilizados por el Maestro y preparados para toda buena obra, pronto nos daremos cuenta de que no hay tiempo que perder en quejas, sino más bien en hacer las *muchas cosas* que el Señor pondrá ante nosotros día tras día, hora tras hora. Quizá no tengamos que predicar ante grandes asambleas ni siquiera ante pequeñas asambleas; pero hay mucho que hacer, además de predicar, y hay pequeñas tareas invisibles y desconocidas para todos, excepto para el Maestro mismo, que serán recompensadas el día en que cada creyente reciba la alabanza de su Dios.

*“Oh Señor, en un temor dulce y piadoso,
Para seguirte y servirte aquí,
Haz que nuestros corazones se inclinen;
Para ser para Ti donde Tú has estado,
Hasta que nos reunamos contigo en ese lugar
Donde nos reconocerás como Tuyos”.*